

CANSADO DE ESCAPAR, ME FUI A ESCONDER A WEST VIRGINIA. Encontré una casa en las afueras de Charleston, no muy lejos, pero tampoco demasiado cerca de los suburbios. El alquiler era barato y me hice amigo del dueño, que además administraba la propiedad, un campo de veinte hectáreas.

Se llamaba Arthur y era de cepa cien por ciento escocesa, de los primeros que llegaron a los Apalaches. Con su ropa obsoleta y su afición por el *moonshine* parecía un trampero del siglo dieciocho.

Arthur vivía al otro costado del campo. Me tomaba media hora ir a pagarle el alquiler, pero valía la pena. Me descontaba un porcentaje por los trabajos que le hacía, en especial durante la temporada de cosecha y siembra del heno. Nunca le pregunté su edad, así como él jamás quiso saber más de lo que yo estaba dispuesto a contarle. Imagino que tendría unos setenta años, pero lo que tenía claro es que ya no le quedaba energía para trabajar la tierra por sí sólo ni dinero para contratar mano de obra permanente. La mayor parte de sus ingresos provenía de la piedra caliza que transportaba en su camioneta y vendía a las canteras de Charleston. Arthur recién se percataba que en el siglo veintiuno no valía la pena mantener funcionando un campo a expensas de sus últimos años de vida útil.

Durante esa primavera me llamé Max García, nombre que elegí para que los gringos no tuvieran problemas al pronunciarlo. Me llamé Max y mi número de seguro social terminaba en "9795". Mi licencia de conducir expiraba en 2017 y cada vez que alguien me llamaba "Max" sentía alivio y al mismo tiempo ansiedad en el caso que me pidiera demostrarlo.

En mi nuevo hogar me había armado una rutina. Hacía años que no me acostaba temprano ni me levantaba con tanta facilidad. No tenía amigos en el área y a veces pasaba días sin conversar con alguien. Dormía tranquilo y tal vez por eso me puse tan nervioso la noche que un zorro mató a una de mis gallinas.

Horas antes, conduje mi camioneta hasta las montañas. Me detuve en un mirador que daba al valle y me recosté sobre el capó aún caliente. Bajo un cielo sin estrellas, escuché música y bebí las tres Coronas que quedaban en la hielera.

Al volver a casa, encontré a Arthur en mi puerta. Según él, acababa de llegar, pero es más probable que me haya esperado por horas. Arthur era uno de esos que sentía la necesidad de estar con gente.

—¿Qué dices si nos tomamos una botellita? —fue su saludo, y levantó el whisky que llevaba en la mano derecha.

Ambos sonreímos y abrí la puerta. Todos mis vasos estaban sucios. Enjuagué dos y los puse sobre la mesa del comedor.

—¿No te importa que no tenga hielo?

—Si quieres puedo ir a buscar a mi casa.

—No te preocupes. Si te dejo ir, te vas a tomar la botella en el camino —le dije y le extendí una silla.

Arthur ofreció enseñarme a cosechar heno el mismo día que acordé alquilar su casa. Sellamos el trato con un apretón de manos. "El gobierno no tiene por qué meterse

en esto”, me dijo y me pasó las llaves con la condición que le pagase en efectivo todos los meses.

—Por lo demás, ustedes son gente trabajadora —agregó, supongo que a modo de cumplido.

Fingí interesarme en la producción de heno porque adiviné lo que Arthur tramaba: que trabajara la tierra a cambio de una rebaja en mi alquiler. Nunca he sido bueno para negociar así que se lo propuse antes que me lo ofreciera.

Por las tardes, Arthur se aparecía con el pretexto de planificar el trabajo para el día siguiente. A veces traía una botella y conversábamos hasta la noche. Solía irlo a dejar en mi camioneta para que no se quedara dormido entre los matorrales camino a su casa.

El trato se fue haciendo más informal y, como en la mayoría de mis relaciones, un tanto ofensivo. Yo solía reírme de lo que encontraba ridículo de West Virginia: las banderas confederadas en las entradas de las casas y el odio generalizado de sus habitantes hacia el gobierno. Arthur me hacía preguntas sobre mi país, invariablemente malintencionadas o con el fin de irritarme: “¿Cada cuánto tiempo tienen un golpe de Estado?” o “¿Cuántos millones de pesos equivalen a un dólar?”.

El nivel de la discusión bajaba a la par con el *moonshine* o la cerveza.

—Estados Unidos está lleno de asesinos en serie —le dije esa noche.

—¿Quieres saber por qué no hay asesinos en serie en Chile, Max?

—¿Por qué no estamos tan enfermos como ustedes?

—No, porque sus criminales son tan tontos que siempre los descubren después del primer asesinato.

Nuestras conversaciones podían volverse tediosas, pero no tenía corazón para decírselo. El tipo confió en mí sin conocerme y lo menos que podía hacer era escucharlo.

Esa noche lo fui a dejar a las dos de la mañana. De regreso oí ruidos en el patio trasero, pero estaba tan cansado que preferí atribuírselos al viento o a las mismas gallinas.

Esa primavera me llamé Max García y durante semanas me levanté temprano para trabajar la tierra. Por las tardes salía en mi camioneta o me quedaba leyendo unos libros en español que Arthur compró en una librería de viejo. Me los dejó en una caja en la entrada y al parecer pertenecieron a un profesor de literatura de la Universidad de West Virginia. Había de todo: un diccionario inglés-español, libros para colorear, historietas de la Editorial Novaro como las que compraba de niño y una colección de cuentos de un escritor guatemalteco.

Leer es un hábito que adquirí encerrado, cuando las horas corrían hacia atrás y no había otra cosa que hacer. El libro del guatemalteco se llamaba *La oveja negra* y lo tomé porque los cuentos eran cortos, de una página o dos, que es todo lo que aguanto concentrado. Una de las historias se trataba de un zorro que quería ser escritor. No sé si se era una historia para niños (de niño no me habría gustado), pero un pasaje me llamó la atención y lo subrayé. El cuento decía que el zorro comenzó a escribir “porque odiaba ese tipo de personas que dicen voy a hacer esto o lo otro y nunca lo hacen”.

La frase me recordó las palabras de mi tío Boris: “En el país de los eunucos, el hombre con un testículo es rey”. Según él, este mundo está lleno de cobardes y basta tener un poco más de coraje que los demás para hacer lo que uno quiera. No sé si el

número de testículos sea importante, pero lo que tengo claro es que cada vez que actué de acuerdo a esa máxima me metí en problemas.

Los días de la siembra fueron los más agotadores, pese a que Arthur contrató a tres ilegales para que nos ayudaran. Se gastó el resto de sus ahorros en herbicida y heno Timothy, que según él era el más apropiado para el clima de West Virginia. Obsesionado con el éxito de la cosecha, pasó una semana estudiando su Farmer's Almanac, la biblia de los granjeros gringos, para determinar el día exacto para sembrar. "Si sopla mucho viento, se va a llevar las semillas", "Hay que cortar el heno en el momento preciso, para que no pierda su valor nutricional", le repetía a los trabajadores pese a que no hablaban inglés. Yo me reía y le aconsejaba ver el pronóstico del tiempo en internet. Para ello tenía que viajar hasta la biblioteca de Charleston y sentarse frente a un computador, desafío que lo intimidaba.

Mi tarea favorita era conducir el tractor, un International Harvester del año 70. Ya fuera tirando de la henificadora o arrastrando el heno, le daba descanso a mi espalda y ponía mi mente en blanco. Es lo que siempre me ha gustado de las labores físicas o de trabajar en fábricas. No tengo que pensar en nada más que lo que estoy haciendo.

Los ilegales volvían para ayudarnos a hacer fardos y aunque ninguno parecía pesar más de 60 kilos ni me llegaba al hombro, los apilaban con facilidad. Yo aprovechaba mi altura para arrojarlos al segundo piso del granero, pero al final del día no era capaz ni de quitarme la ropa transpirada.

Esa noche desperté con sed y no pude volver a dormir. Me acordé del ruido que oí unas horas antes y fui a ver a mis gallinas. Camino al patio trasero, me encontré con un reguero de sangre y plumas, como si alguien hubiese descorchado una botella de vino y dejado caer el contenido sobre la tierra.

—Quizás fue el chupacabras —me dijo Arthur—. ¿Acaso ustedes no creen en esas cosas?

No tenía ganas de responderle. Solamente fui a su casa a pedirle prestado el rifle.

—Pudo ser un gato montés, aunque lo más probable es que se trate de un zorro. Están en todas partes.

Asentí con la cabeza y esperé hasta que terminara de impartir su sabiduría. Me contó una historia de cómo, cuando eran niños, su hermano y él solían atrapar gatos en una bolsa y amarrarla al tubo de escape de un auto encendido. El animal gritaba y arañaba la tela hasta rendirse. No se por qué se le ocurrió compartir esa anécdota. Sólo atiné a decirle "*sick fuck*" y desmonté el rifle de la muralla donde colgaba. Lo dejé hablando solo. A Arthur no le gustaba desprenderse de su fusil, un Montana Varminter Modelo 57 que compró en una feria de armas en Fairmont. A pesar de que la artritis ya no le permitía cazar, limpiaba el fusil todas las semanas.

Las hojas de los árboles apenas se distinguían en la bruma. A lo lejos oía a los estorninos cantar, seguramente saltando de rama en rama, pero no lograba verlos. Mi rabia era tal que cuando pasé junto al rebaño, le di una patada a la reja de madera. Las vacas Holster de Arthur aún dormían y no se inmutaron.

Camino a casa me distraje observando a un halcón que planeaba por las corrientes de aire sin mover sus alas. Ya lo había visto sobrevolar el valle a alturas en que su silueta era apenas un punto. Su sombra se desplazaba líquidamente por las

copas de los cedros, los matorrales y la montaña gris que yacía en el horizonte como una lápida inclinada. Los halcones pueden ser feroces, pero saben mantenerse a distancia de los hombres y sus armas de fuego. Al menos en ese sentido son más inteligentes que los zorros y, por cierto, los mismos hombres.

El año pasado la sequía marchitó y rizó el follaje de los robles. El ganado apenas pudo encontrar pasto para comer entre los claros de tierra que se multiplicaban. Dos días atrás la lluvia regresó. El tamborileo de gotas de las primeras horas se transformó en chubascos y las nubes de polvo flotante se convirtieron en lodo.

Al llegar a mi casa, llené unas botellas con agua y las metí a una mochila. Enfundé el rifle en la vaina y me lo colgué al hombro. Aún no amanecía, así que también llevé una linterna. A esa hora nada parecía sólido. Mis pies se hundían en el barro, pero se podrían haber hundido en los árboles, en las hojas o en las piedras. Tras veinte minutos de caminar, encontré sus huellas. El espacio entre la almohadilla de su planta y los dedos de sus pies dejaban una marca inconfundible: una serie de equis estampadas en el suelo.

Lo seguí por horas entre la lluvia intermitente y el cielo cada vez más bajo. Me adentré por el bosque donde el agua no alcanzó a caer, contenida por las ramas y las hojas de las hayas y los abedules. Los árboles dieron paso a una quebrada y la quebrada a un cerro escarpado. El lodo se había adherido a los surcos de mis suelas y cada vez que intentaba ascender me dolía el pecho y mis pies retrocedían un par de centímetros sobre la arcilla mojada. Mis tobillos se doblaban solos y los sentía a punto de colapsar. Mi pie resbaló nuevamente y pisé una poza. La bota se llenó de agua y mi calcetín adquirió más peso, pero seguí subiendo.

La cima estaba a unos veinte metros. Apuré el paso. Al llegar, me topé con un ejército de arrendajos congregado sobre las rocas. Mi presencia los ahuyentó y por unos segundos el ruido de sus alas ahogó al viento. Algo los atrajo al lugar, pensé, y me acerqué a ver qué había detrás de las piedras.

Dejé caer la mochila y tomé el rifle. Al parecer, había llegado tarde. Arthur me advirtió que si me adentraba en el valle podía toparme con uno de los osos negros que deambulaban por los cerros. El zorro yacía en el suelo y tres surcos recorrían la carne abierta de su cuerpo. El viento formaba patrones sobre su pelaje. Era un saco de piel que apenas contenía sus huesos quebrados.

Sentí que estaba lejos de todo, que nadie podría encontrarme. No sabía qué hora era y las nubes tapaban el sol. Imaginé lo que debió haber sentido ese animal y me dieron ganas de correr. Volví a casa lo más rápido que pude.

Arthur me esperaba apoyado en la reja. Pensé que querría pasar la tarde bebiendo, pero tenía las manos vacías. La puerta de mi casa estaba abierta y cuando lo miré para que me explicara qué estaba pasando meneó su cabeza. Lucía aún más asustado que yo.

—¿Qué pasó aquí? ¿Por qué está la puerta abierta? —le dije y entré sin esperar a que respondiera.

La mesa del comedor estaba volteada y había vidrios en el suelo. Alguien había destrozado la puerta de mi cuarto a patadas y la mitad superior colgaba de una bisagra. No habían venido a robar, sino a verme.

Arthur puso su mano en mi hombro y me di vuelta.

—Eran dos —me dijo—. Apenas hablaban inglés, pero preguntaron por ti.

—¿Hablaste con ellos? ¿No te hicieron nada?
—No, pasaron por mi casa antes de venir para acá. Viajaban en una camioneta con patente de Virginia.

Me tomé la cabeza con ambas manos y salí al patio. Arthur me siguió.

—Preguntaron por ti, pero no usaron tu nombre.

Intenté mirarlo a los ojos, pero tenía la vista fija en el suelo.

—¿Cómo sabes que me buscaban a mí entonces?

Por primera vez desde que lo conocí, Arthur parecía agotado.

—No sé qué es lo que hiciste en Virginia ni en tu vida pasada, pero sí sé qué tipo de persona eres. Lo sé y no me importa. Nunca me importó.

Arthur volvió a menear la cabeza y dio media vuelta. Pensé ofrecer llevarlo a su casa, pero las palabras no me salieron de la boca y me quedé viéndolo marcharse. Volví al comedor y enderecé la mesa. No tenía escoba, así que empujé los pedazos de vidrio más grandes con la punta de los pies. Luego cubrí las ventanas rotas con hojas de diario y cerré las demás con pestillo.

Esa primavera me llamé Max García y cuando comenzó a oscurecer, me fui de West Virginia sin despedirme.

narrativa
punto aparte